

Los elementos terrestres

Eunice Odio



Editorial
Costa Rica

Eunice Odio

Los elementos terrestres



**Editorial
Costa Rica**

Eunice Odio – la palabra innumerable e ilimitada del poeta

Para conmemorar el décimo aniversario de la muerte de Eunice Odio, la Editorial Costa Rica publicó la segunda edición de *Los elementos terrestres*. Ahora, al celebrarse los noventa años del nacimiento de esta poeta, la Editorial Costa Rica da a la luz pública la cuarta edición de ese poemario que la dio a conocer en el mundo hispanico.

En 1980 escribí que “por razones inexplicables o quizás más bien por falta de crítica válida, Costa Rica no había reconocido suficientemente el talento de sus más inapreciables escritores y artistas...”, entre los que mencioné, con Carmen Lyra, a Yolanda Oreamuno y Francisco Zúñiga, estaba Eunice Odio. Aquellos que hoy en día presencian los diversos homenajes que se le están tributando a Eunice Odio y leen esas palabras, pensarán que yo soy una ilusa. Desgraciadamente no lo imaginé ni lo inventé, pues es la mera verdad: el nombre de Eunice no figuraba en la lista de nuestros destacados escritores. En las clases de literatura costarricense en la Universidad de Costa Rica, su poesía no se estudiaba y su nombre ni siquiera formaba parte de la nómina de nuestros poetas.

Entretanto, ya Eunice había ganado desde 1947 el premio centroamericano de poesía “15 de septiembre” con su poemario, del que se hizo en Guatemala la primera edición.¹ Además, es interesante comprobar que mientras en nuestro país se desconocía su poesía, sus libros, poemas y artículos se publicaban y circulaban en otros países, como *El rastro de la mariposa*, relato que se publicó en México, y otros de sus textos.² Costa Rica la ignoraba; cuando

Alfonso Reyes la llamó “la gran poeta de las Américas”; Carlos Zener, en homenaje póstumo, afirmó que era “la mejor poeta americana de este siglo”. En la *Corona fúnebre para Eunice Odio*, Carlos Pellicer, con otros poetas, afirmaron lo mismo. El reconocimiento fundamental a nivel internacional lo realizó Juan Liscano en 1975 con su libro *Eunice Odio, Antología - Rescate de un gran poeta*. En los Estados Unidos de América la dio a conocer la escritora costarricense Victoria Urbano, quien publicó en inglés, en 1978, los dos cuentos que se conocen de Eunice³ en su libro *Five Women Writers of Costa Rica (Cinco escritoras de Costa Rica)*. Vale reconocer aquí que pequeños grupos de escritores por esas fechas le rindieron homenajes como el que Mía Gallegos, Alberto Baeza Flores y Alfonso Chase celebraron en la Biblioteca Nacional en 1976. En Liberia, Guanacaste, Miguel Fajardo y otros poetas publicaron sendos poemas dedicados a ella en *Aurora Literaria*, una revista poligrafiada que tiene el mérito de darle el merecido reconocimiento a Eunice Odio, pese a que oficialmente todavía seguía ignorada.

¿Cómo es posible que habiendo sido reconocida de esa manera por los más destacados intelectuales del mundo hispánico, nuestro país continuara ignorándola hasta 1980, cuando la Editorial Costa Rica publicó mi libro *La obra en prosa de Eunice Odio*? A raíz de esa publicación, la Universidad de Costa Rica organizó una serie de actividades en los diversos medios de comunicación, todas alrededor de la figura y obra de Eunice Odio, lo cual culminó con la segunda edición, que ya mencioné, de *Los elementos terrestres* y a partir de entonces el reconocimiento en nuestro país fue definitivo. Tanto, que la Editorial de la Universidad de Costa Rica con la de la Universidad Nacional recogieron su obra completa en 1996, en tres gruesos volúmenes editados por Peggy Von Mayer Chaves.

Eunice no solo creó poesía, sino que la vivió intensamente como únicamente lo hacen los poetas de verdad, pues en ella se hace realidad lo que escribió Sir Frances Foote de que “todos podemos recitar y leer poesía, pero vivir la poesía es la sinfonía de la vida”. Eunice es poeta en los términos en los que Emerson definió al verdadero poeta: “el que entre los seres parciales representa al ser completo; el que está separado de sus contemporáneos por la verdad y por su arte; el que es la mitad de sí mismo porque la otra es su propia expresión; el que vuelve a atar las cosas a la naturaleza y al Todo”. Sin embargo, y quizás porque ese es el destino trágico del auténtico poeta, que arde entero en llama viva al volcarse en el verbo, Eunice Odio vivió siempre en una dolorosa soledad, sobre todo en los últimos años de su vida, soledad que quedó manifiesta al descubrir su cadáver en estado de putrefacción, después de varios días de muerte.

La ironía marcó la vida de Eunice: fascinada por la luz que se hizo carne de poesía en sus versos, muere una oscura muerte; y más irónico fue el hecho de que en *El tránsito de fuego*, su extenso poema, Ion, el Creador, refiriéndose al arbotante de la catedral, dice: “que se le vean, sí, que se le vean los huesos desencarnados, / que se le vean los nervios atmosféricos; / que salten como las aguas de las constelaciones. / Nada tendrá que esconder. / Abierta, / evidente, / alta, / enseñará los miembros bienaventurados”. Estos versos parecen ser una visión premonitoria de cómo la encontrarían a ella en su muerte. Ironía también porque amante de la vida y de altos ideales en arte y belleza, vivió los últimos años autodestruyéndose en el alcohol y poseída de una rabia insolente y soez, que hacía a sus amistades alejarse de ella. Ironía asimismo porque enamorada del país azteca, lo declara su patria y entonces escribe, “aquí [, en México,] dejé o tengo un ombligo superior al otro: el espiritual”; en otra ocasión había confesado que ese amor a México y deseo de ser